

C

Columna

Raúl Escárate Peters,
 arquitecto, director ejecutivo
 +CIUDAD+VIVENDA



Escuelas sin mantención, aprendizajes en riesgo

En Chile seguimos hablando de educación como motor de desarrollo sin detenernos a mirar con atención uno de sus pilares más concretos: la infraestructura escolar. Y no me refiero solo a techos que no goteen o paredes que no se caigan –aunque eso, en muchos territorios, sigue siendo un problema–. Me refiero a cómo concebimos el espacio físico donde niños, niñas y jóvenes aprenden, conviven, se alimentan, se abrigan, juegan y se desarrollan.

La infraestructura educativa no es neutra. Puede reproducir desigualdades o puede ayudar a romperlas. Puede inspirar o puede apagar la curiosidad. La evidencia es clara: los espacios educativos influyen directa y proporcionalmente en los puentes cognitivos que facilitan el aprendizaje.

La temperatura, la ventilación, la acústica, la iluminación, los colores, la distribución del mobiliario y la relación con el entorno son todos factores que inciden –positiva o negativamente– en la concentración, el bienestar emocional y el rendimiento escolar.

Es cierto que se ha avanzado en infraestructura nueva, especialmente en colegios particulares y subvencionados y en algunos proyectos públicos recientes. Sin embargo, existe un abandono sistemático de edificios educacionales históricos, muchos de ellos construidos por la Sociedad Constructora de Establecimientos Educacionales (SCEE) desde fines de los años

30, con materiales nobles, pero sin las mantenciones necesarias. Hoy esos establecimientos –que por décadas educaron a generaciones enteras– presentan problemas graves de habitabilidad y seguridad.

En casi todas las comunas del país nuestras escuelas siguen enfrentando carencias estructurales que afectan lo pedagógico: salas hacinadas, calefacción ineficiente o inexistente, patios sin sombra, baños inadecuados, accesos sin inclusión, techumbres dañadas. En invierno, muchas aulas están por debajo de los 14°C. En verano, superan los 30°C. Son condiciones que atentan contra el derecho a aprender en dignidad.

La infraestructura pública arrastra múltiples deudas sin solución. Prueba de ello son las manifestaciones recientes de comunidades educativas que exigen soluciones urgentes. El caso del Liceo Gabriela Mistral de Temuco es emblemático: problemas graves de infraestructura no resueltos que afectan a cientos de estudiantes. También lo es la situación de la Escuela Especial Ñielol, cuyas obras de reposición están interrumpidas, afectando directamente a niños y niñas con necesidades educativas especiales.

Y es que aún predomina una lógica fragmentada: una licitación para construir, otra para mantener, otra para calefaccionar, y otra –si hay suerte– para equipar. El resultado es un sistema sin continuidad, sin visión integral, sin pertinencia territorial.

Chile necesita con urgencia una estrategia nacional de infraestructura educativa. Una política pública que aborde el diseño arquitectónico con estándares de eficiencia energética, pertinencia cultural, accesibilidad universal, participación comunitaria y mantenimiento permanente. Porque no se trata solo de construir escuelas: se trata de construir futuro.